

El Juego

jaime Peña Donoso



Image not found.

Capítulo 1

El Juego

Jaime Peña

Buenos Aires , 2010

La mujer no contestó. Sí, más que mal era un juego, un juego tonto que no tenía muy claro cómo ni cuándo había comenzado, pero que a fin de cuentas no había motivos para tomarse toda esta cuestión demasiado en serio. Y concluyó, para estar tranquila consigo misma, para no prolongar más algún desvelo, que el juego ya se había prolongado demasiado y no tenía porqué seguir respondiendo todo lo que aquel hombre desconocido le preguntaba acerca de ella, de sus sueños, de sus aspiraciones y también de sus frustraciones. Sus interrogantes y sugerencias comenzaban a resultarle francamente perturbadoras y atrevidas. Igual le parecía atractivo...el juego. Se levantó raudamente de la silla. Las siete anunciaba el reloj que colgaba de la pared del frente. Se había demorado más de la cuenta. Eso comenzaba a sucederle cada vez de un modo más frecuente. Apagó a la carrera el computador, tomó el bolso de mano que estaba sobre la mesa y se dirigió al coche. Era la temporada veraniega, los turistas habían llegado como ratas despavoridas huyendo del inhóspito verano capitalino, por eso costaba desplazarse y Mabel no había tomado las debidas precauciones. En tiempos normales al aeropuerto había media hora desde la salida sur de la ciudad. Ahora estaba a 30 minutos, pero se encontraba atrapada en plena costanera, en medio de una multiplicación de bocinazos que irrumpían de los vehículos por los cuatro costados, convencidos sus histéricos conductores que por el sólo expediente de la bulla, el taco iba a desaparecer de improviso.

Sabía que dadas las actuales circunstancias no era el momento más apropiado para llegar tarde al aeropuerto. Para ella las cosas en su matrimonio no marchaban bien, en verdad nunca marcharon bien desde el principio, pero

también sabía que Tomás era un buen partido y el amor podría ser sólo cosa de tiempo, podría llegar después. En eso había pensado al aceptarlo como esposo, seis años atrás. Su diagnóstico había sido errado.

De carácter férreo, voluntarioso y perseverante, cuando algo se proponía no escatimaba esfuerzo en llevarlo a cabo hasta convertir su propósito en una verdadera obsesión y conseguir todo lo que se proponía. Obtuvo a Tomás, el tiempo pasaba, pero el amor hacia su esposo no le nacía por ninguna parte y su voluntad comenzaba a dar signos inequívocos de debilidad. Sin embargo su preocupación de este instante no se debía a esa circunstancia. Pero eso no era motivo suficiente para llegar atrasada al

aeropuerto. Tomás no debería notar su progresiva e irreversible pérdida de interés, debía pensar a toda costa que ella lo seguía amando.

En esos pensamientos se había abandonado cuando cayó súbitamente en la cuenta que era objeto de encendidas miradas, insultos y bromas pesadas que le lanzaban los conductores que veían en su automóvil un impedimento insuperable para reanudar la marcha. Delante de ella la vía se había despejado y permanecía ahí, abandonada a sus pensamientos. Puso la primera al máximo y se lanzó a toda carrera.

Una vez en la carretera volvió a acordarse del hombre. Le incomodaba no gobernar del todo sus pensamientos que invariablemente se iban a él, en los precisos momentos que corría a toda velocidad al aeropuerto.

Talentosa, alentada por sus padres, aunque sin la convicción de que esa era de veras su verdadera vocación, logró sortear sin contratiempos los exámenes para ingresar a la carrera de enfermería. En lo íntimo de su ser, más que una profesión, lo que buscaba era una vía para escapar pronto del yugo familiar. Hija única de un matrimonio acomodado, en el cual durante los primeros años se les fue gran parte del amor que dio fruto a esa unión, sus padres competían por colmar a Mabel de todo tipo de atenciones y también de controlar las que ella consideraba "excesivas privaciones" para una joven de su edad. Con envidia veía en su juventud a sus compañeras de colegio asistir a atractivas fiestas, acompañadas de sus parejas. Mabel era a todas luces deseable, pero gran parte de sus encantos debieron permanecer ocultos en plena juventud. Sus padres se encargaron de mantenerla a buen recaudo.

La carretera se había despejado y Mabel mantenía con furia el pie a fondo sobre el acelerador. En el trayecto veía a la costa alejarse y acercarse al mismo ritmo que la serpenteante y monótona carretera que subía y bajaba dejando partido en dos a ese desierto tan desolado e inhóspito, que ni siquiera para los buitres podría haber representado atractivo alguno. Alguien podría morir en el medio del camino, pero sus restos sólo aspirarían a ser manjar de gusanos que se reproducirían a partir de su propia carne marchita. Ningún ave de rapiña se aventuraría jamás por estos absurdos parajes. "Sería un suicidio", pensó. Como absurdo también le pareció el letrero pintado seguramente a prisa por alguien que

huyó al constatar que sus palabras en estos territorios no tenían sentido alguno. "Mapuche la tierra es vuestra y te da tus alimentos". Sonrió.

Entonces Le pareció que el tiempo encerraba misterios indescifrables. Recorría algunos metros y sus pensamientos se retrotraían en cosa de instantes a su juventud, veinte años atrás, para luego volver a pensar en el hombre que la inquiría en forma cada vez más audaz e imprudente. Si uno podía moverse tan rápido al pasado y desde allí al presente, un poco más allá, en algún punto debería estar la muerte. Y desde allí, ¿ se podrá

cruzar nuevamente la frontera?, se preguntaba, mientras a la distancia veía al sol que comenzaba a ahogarse en el horizonte, lanzando sus últimos gemidos desesperados bajo la forma de anaranjados destellos que se hacían añicos sobre el pavimento. Estaba a minutos de llegar al aeropuerto. Ya daban las ocho. No tenía deseos de obligarse a dar a Tomás tontas excusas para justificar su atraso.

Durante los primeros dos años los estudios marcharon bien, sin embargo mientras más pasaba el tiempo, más convencida estaba de que la enfermería no era su verdadera vocación. Por entonces conoció a Tomás, un aventajado estudiante de medicina que estaba a punto de egresar. El futuro médico no escatimó esfuerzos en ganar su atención. Su deseo por conquistarla se transformó en una verdadera obsesión y Mabel se dejaba llevar por la nueva perspectiva que podría acabar con la que ella consideraba "una vida demasiado aburrida".

El viaje de regreso del aeropuerto transcurrió en medio de un intercambio de frases triviales en las que contrastaban el entusiasmo de Tomás y la indiferencia de Mabel. Ensimismado en sus palabras que daban cuenta de sus éxitos profesionales, parecía no darse cuenta que la mujer no sólo no estaba interesada, no sentía esos logros parte de ella, sino que además su conversación le exasperaba hasta el cansancio. Su marido venía de regreso de un congreso de epilepsia y de sus palabras se desprendía que su viaje había sido de gran provecho. Lo que hasta hace unos meses hubiera sido un mero ejercicio facial, hoy era un tormento. Por toda respuesta, a duras penas lograba dibujar en sus labios una sonrisa.

Los días pasaron y Mabel no volvió a tener noticias del hombre. Sin embargo no tenía dudas que muy pronto volvería a saber de él. Estaba segura que su urgencia por volver a saber de ella no tardaría en manifestarse.

El tiempo transcurrió entre las clases de computación y los primeros preparativos de la mudanza. Tomás había llegado con la buena nueva. Le anunció que el departamento que a ella tanto le gustaba, lo había comprado y que la entrega se realizaría la próxima semana. Durante esos días sus afanes adoptaron renovados bríos. Con entusiasmo y energía dispuso las tareas que junto a su criada y a dos improvisados ayudantes deberían emprender para tener todo dispuesto el próximo lunes.

Llegar a esta ciudad fue al principio una idea atractiva. Vivir algunos años en

provincia podría servir para ordenar la vida en pareja y mantener a raya a sus padres. Hasta el desierto le pareció interesante. Sin embargo al cabo de unos meses comenzó a padecer una honda desolación. "Síndrome del desarraigo", le comentaron. Se sentía ajena en esta ciudad de gente extraña. Tuvo la sensación que el desierto tenía que ver con esto. La idea

comenzó a enturbiar su entendimiento.

Tomás no había podido darle un hijo, algo que a ella no le incomodaba en absoluto. Sin embargo esa deuda implícita la transformaba en una arma que

jugaba a su favor. Sus más insensatos caprichos eran satisfechos tarde o temprano por Tomás, quién por tenerla a su lado, estaba dispuesto a todo.

Los primeros meses de casados su marido no le daba pausa para descanso alguno. Para él tener pronto un hijo era una cuestión vital. Pese a su afán y a su desmedido empeño, pasaban los meses sin que se tuvieran noticias. A Mabel le sorprendió darse cuenta que, pese a no tener experiencia en las cosas del amor, le resultó completamente natural someterse a los afanes que su ejercicio demandaba. "Debo haber sido muy buena para esto en mis vidas pasadas", reflexionaba para sus adentros, sin dejar de reír.

Pese a que Tomás era médico y depositaba una ciega fe, no sólo en la profesión,

sino que también en todo conocimiento adquirido a través de la ciencia, jamás se le había pasado por la mente consultar a un especialista. Al principio Mabel pensó que la infecundidad era cosa de ella y cayó en una prolongada depresión. Su desdicha, contra lo que se pudiera creer, no tenía que ver con la incapacidad de tener hijos, sino en la creencia que al no poder concebir, Tomás iba a perder el interés en ella y probablemente tendría que volver a casa de sus padres. Esa expectativa era para ella verdaderamente aterradora.

Como era de prever, durante todo ese tiempo recurrió a todo tipo de excusas para

evitar ir al médico y tener que someterse a los exámenes de rigor que determinarían sus condiciones de fertilidad. Nunca se le pasó por la mente que la incapacidad para engendrar no estaba en ella, sino que en Tomás, como posteriormente lo demostraron los numerosos exámenes, tanto en el país como en el extranjero, que llegaron a la conclusión que "sus espermios no eran lo suficientemente vigorosos como para llegar hasta el final del camino".

Fue un duro golpe que afectó su encumbrado ego. Para Tomás no era concebible que en un tipo como él, que conseguía todo lo que se propusiera, el creador hubiera cometido tamaño descuido, negándole la posibilidad de extender su descendencia. La depresión que le sobrevino, no duró demasiado. Al menos en su manifestación externa. El trabajo en exceso y los sedantes al por mayor fueron los mejores aliados que

encontró a mano para dejar atrás ese desaire de la naturaleza.

Tomás tenía la rara virtud de aparentar que nada pasaba en su interior. Sus esporádicas frustraciones le podían estar carcomiendo sus entrañas, pero nadie, jamás, iba a darse cuenta de ello. Y Mabel no hacía esfuerzo alguno para ayudarlo a sacar de su alma esa desdicha. No conforme con los diagnósticos médicos se abandonó por un tiempo a la lujuria. Probó con todo tipo de mujeres, ofreciendo incluso jugosas recompensas a la que pudiera concebir un hijo suyo.

En su actual afán, más que asegurar la descendencia, estaba de por medio probar su virilidad. Por entonces los sedantes fuertes comenzaron a formar parte de su vida cotidiana. Mabel se enteró de todo esto, pero lejos de molestarse, se hizo la tonta, como si nunca se hubiera dado cuenta de nada. Mientras menos la requiriera Tomás, mejor para ella.

A Mabel la infidelidad nunca se le pasó por la mente. Ella sólo había querido la libertad, no tener que depender más de sus padres. Y si eso significaba seguir con Tomás, a cómo diera lugar, había que asumirlo con disciplina, a fin de cuentas era el precio que había que pagar... hasta ahora. Hasta que por fin volvió a saber del hombre.

Salió a media tarde. El gigantesco taco de vehículos transformaba a los policías

que dirigían el tránsito en absurdos maniqués de una obra de teatro de poca monta. Sin embargo ahora a Mabel ese inconveniente parecía no importarle. Echada sobre el volante, sustraída de lo que acontecía en este momento a su alrededor, tuvo conciencia de que sus pensamientos navegaban por otros mares, mares de aguas plateadas bajo un cielo gris, a punto de reventar.

¿ Por qué acudía a la cita con ese hombre? . ¿ Cómo había llegado a cometer esa locura?

Tiempo atrás se había unido por primera vez a esa multitud de solitarios que diariamente hablan de sus dramas y frustraciones por Internet. " Era el mejor bar para pasar las penas", le había comentado en más de una ocasión a una de sus

amigas. Y como en cualquier bar, se puede encontrar al amor de su vida o al lunático dispuesto a todo. En ese territorio de la electrónica había conocido al hombre que había comenzado a gobernar paulatinamente su voluntad.

A diferencia de las citas por encargo que se originan en avisos de los diarios, entablar diálogo con el hombre a través del computador, no requirió el juicio inmediato de la apariencia física. En este nuevo mundo,

más que una buena apariencia, lo fundamental era una ágil dactilografía y una agudeza intelectual respetable para no inducir jamás el aburrimiento de su ocasional interlocutor, ya

que sólo bastaba un click para desaparecer de inmediato. Así conoció a este

hombre, hace seis meses, al hombre que la había llevado a cometer una tremenda locura.

La luz cambió a verde y reemprendió la marcha. Tomás a esta hora aún debería permanecer echado sobre la cama, sin que nadie se dé cuenta de ello. Le tranquilizó tener la certeza que nadie podría jamás sospechar de ella. Este último tiempo Tomás describía a quién lo quisiera oír, con lujo y detalles los tipos de sedantes que habitualmente consumía y los efectos que estos producían.

Mabel esa tarde lo indujo a beber en exceso y en cada una de sus copas, dispuso discretamente una cantidad suficiente de sedantes como para matar a un toro.

Mabel había seguido acuciosamente las instrucciones que el hombre le dio a través del computador. Apoyada con los codos sobre el volante, se detuvo a un costado de la avenida. Sintió una oleada de escalofríos, estaba extenuada, como

si hubiera realizado una tarea francamente agotadora. ¡ Cómo había llegado a

cometer tamaña brutalidad!. Súbitamente le invadieron encontradas sensaciones. Tuvo deseos de regresar a la casa de la playa, llamar a la clínica y tratar de salvar la vida de Tomás. Incluso confesarlo todo. Sin embargo pronto comprendió que era demasiado tarde, que a estas alturas ya era gobernada por los acontecimientos que ella misma se había encargado de desatar. Vio venir una vez más a las horribles y yermas colinas que bajaban a toda marcha hacia la costa, dejando estrangulada a su paso a la ciudad allá en el fondo. Sintió una picazón que se tomó en cosa de instantes todo su ser.

Reemprendió la marcha. Le aterró pensar que a lo mejor todo se había tratado de una macabra jugarreta, ¿ existía el hombre al que ahora iba a conocer?, ¿ No habría sido víctima de un juego? Debía llegar al motel de la playa e ingresar a la habitación 15. Allí la estaría esperando. El hombre.

Pensó que el tiempo era una cosa absurda, unos minutos más estaría con él, con el hombre que jamás había visto, con el hombre que la había

llevado a cometer una infierno locura, con el hombre que a lo mejor no existía . Vio la señal de desvío y aceleró la marcha, a toda prisa.